

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré vive Dios,
a ninguno de esos dos.

Pienso decir la verdad
á toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y quien así no lo crea
¡buen arreglo, que me lea

AÑO III | PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre . . . 1,50 »

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al Administrador.

NÚM. 103

Pravia 17 de Enero de 1904

PIO, PAPA X

MOTU PROPRIO

(Conclusión)

XV

Para que la acción democrática cristiana tenga unidad de dirección en Italia, deberá ser dirigida por la Obra de los Congresos y de los Comités católicos, cuya Obra, durante tantos años de laudable trabajo, ha merecido siempre bien de la Iglesia, y á la cual Pío IX y León XIII de santa memoria, confiaron el encargo de dirigir el movimiento general católico, siempre bajo los auspicios y guía de los obispos. (Encíclica *Graves de communi.*)

XVI

Los escritores católicos, en todo lo que se refiere á los intereses religiosos y á la acción de la Iglesia en la sociedad, deben someterse plenamente, en entendimiento y voluntad, como todos los demás fieles, á sus obispos y al Romano Pontífice. Deben guardarse, sobre todo, de tomar con prevención, en cualquier asunto grave, los juicios de la Sede Apostólica. (Instrucción cit.)

XVII

Los escritores demócrata-cristianos, como todos los escritores católicos, deben someterse á la previa censura del Ordinario todos los escritos que se refieran á la religión, á la moral cristiana y á la ética natural, en virtud de la constitución *Officiorum et munerum* (art. 41). Los eclesiásticos, en virtud de la misma constitución (art. 41), aun publicando escritos de carácter meramente técnico, deben previamente obtener el permiso del Ordinario. (Instrucción cit.)

XVIII

Deben hacer, además, todos los esfuerzos y todos los sacrificios para que reinen entre ellos la caridad y la concordia, evitando toda clase de injurias y de frases molestas. Cuando surjan motivos de discusión, antes de publicar cosa alguna en los periódicos, deberán acudir á la autoridad eclesiástica, la cual proveerá según justicia. Una vez resuelto el caso, obedezcan pronto, sin tergiversaciones y sin dar al público sus quejas, sin perjuicio de recurrir en forma debida y cuando el caso lo requiera, á la autoridad superior. (Instrucción cit.)

XIX

Finalmente, los escritores católicos, al patrocinar la causa de los proletarios y de los pobres, deben abstenerse de emplear un lenguaje que pueda inspirar al pueblo desvío hacia las clases superiores de la sociedad. No deben hablar de reivindicaciones y de justicia, siendo así que se trata de simple caridad, como queda antes explicado. Recuerden que Jesucristo quiso unir á todos los hombres con el vínculo del amor recíproco, que es perfección de la justicia y que trae consigo la obligación de procurar el bien recíproco. (Instruc. cit.)

Las anteriores reglas fundamentales Nos, de *motu proprio*, y completo conocimiento, las renovamos en todas sus partes con Nuestra Apostólica autoridad, y ordenamos que se transmitan á todos los Comités, Círculos y Uniones Católicas de cualquier naturaleza y forma. Estas Sociedades deberán fijarse en sus domicilios y leerlas con frecuencia en sus reuniones.

Ordenamos también que los periódicos católicos las publiquen íntegras, declarando observarlas, y que las observen en efecto religiosamente; y de lo contrario, que sean severamente amonestados, y si después de la amonestación no hubiera enmienda, deberán ser puestos en entredicho por la autoridad eclesiástica.

Así como de nada sirven las palabras más vigorosas de la acción si no van precedidas, acompañadas y seguidas constantemente del ejemplo, la necesaria característica que debe brillar en todos los miembros de cualquier Obra católica es la demanifestar abiertamente la fe con la santidad de la vida, con la moderación de las costumbres y con la escrupulosa observancia de las leyes de Dios y de la Iglesia. Esto debe ser así, porque es el deber de todo cristiano, y además para que nuestros contrarios se avergüencen y no puedan encontrar nada censurable en nosotros, (Tit. II, a.)

De estos Nuestros cuidados para el bien común de la acción católica especialmente en Italia, esperamos con la bendición divina, copiosos y felices frutos.

Dado en Roma junto á San Pedro el 18 de Diciembre de 1903, año primero de Nuestro Pontificado.

PIO, PAPA X

EL ZURRIAGO, acatando reverentemente el precepto pontificio, publica íntegras las reglas anteriores y declara con toda solemnidad que cuidará de ajustar su conducta á la más estricta observancia de las mismas, como sabiamente ordena la Santidad del amado Pontífice Pío X.

MONIGOTES

El número de los necios es infinito, si señor; pero el número de los monigotes si no es infinito debe de faltarle solamente una *miarica*, como decimos los de la tierra de la Párrica.

¡Monigotes! ¡Apenas si hay monigotes en este picaresco mundo!

Y de todo el mundo, España es indudablemente la nación que bate el *record* en esto de la monigotería.

Especialmente cuando ocurre algo á que la prensa da aire y movimiento, entonces, entonces es cuando causa maravilla ver cómo por todas partes brotan monigotes que es una bendición.

Ahora, con motivo del asunto del ilustre y por mil conceptos simpático P. Nozalada, hemos obtenido, sin necesidad de riego, una superabundantísima cosecha de monigotes de todas clases y calibres.

Pero, vamos á ver, ¿en qué consiste el monigotismo? ¿Qué cosa es un monigote?

La definición científica del monigote creo que puede enunciarse de esta manera:

«Monigote es todo aquel que tiene la sesera hueca, como Huergo, ó como Vigil, ó como Mino el de *El Imparcial*.»

Por consiguiente, dicho se está

que *monigote* y *ente ridiculo* es una misma cosa.

Y partiendo de esta afirmación debe extenderse el título de monigote á los siguientes:

Es monigote aquel que llamándose socialista suelta la cuota mensual para que otros monigotes de clase superior vivan y beban á su costa y se rían de la candidez de estos monigotes inferiores.

Monigotes son también los que por gozar de cierta popularidad, que yo llamo populachería, hacen cosas que están reñidas con lo que íntimamente sienten, y en pugna con los dictados de su conciencia.

Esta clase de monigotes es numerosísima.

Es monigote todo aquel que para formar opinión sobre un hecho cualquiera, ó para juzgar de la conducta de una persona, sólo lee la prensa que es francamente enemiga de esta persona, ó relata con pasión de secta aquel hecho.

Son monigotes los que siempre con la palabra *libertad* en la boca, no quieren que nadie haga uso de esta hermosa facultad más que los que piensen como ellos.

A esta clase de monigotes pertenecen los llamados anticlericales, por no llamarlos anticatólicos como es su verdadero nombre, y los cuales de su monigotería tienen dadas (y dan á diario) elocuentísimas pruebas. (Véanse las salvajadas *monigólicas* recientemente perpetradas en Valencia, Santander y Bilbao.)

Son igualmente monigotes los que olvidándose, á haciéndose que se olvidan, de su conducta pasada se escandalizan de ver que otros emplean las mismas ó equivalentes palabras para reprobar ó condenar un hecho.

De este monigotismo dió una buena prueba hace días *El Imparcial*. Este periódico se escandalizó horriblemente porque un ministro llamó *tagatos* á los blasquistas valencianos cuando este mismo periódico, hace aún poco tiempo, llamaba á blasquistas y sorianistas kábilas de riffenós.

Y para concluir voy á sacar á plaza la clase de los monigotes más superfinos de todos los monigotes.

Merecen el título de monigotes de dos aguadas muchos que se dicen católicos á machamartillo, que van á misa y se confiesan y rezan el rosario y ayudan y... etcétera, etc, y sin embargo tienen la frescura de estar suscritos y enamorados del *Heraldo*, de *El Liberal* y de *El Imparcial*; del *Heraldo*, el portaestandarte del anticlericalismo en España; de *El Liberal* periódico á todos luces republicano... y masón; de *El Imparcial*!!!, el iniciador de la indecente y canallésca campaña contra el P. Nozaloda, cuyo españolismo y dignidad ya quisieran para sí todos sus detractores los héroes de café y de mesa de redacción.

Hay muchas más clases de monigotes; pero creo que los sacados á relucir bastarán para que mis lectores se formen una idea de loen que va á convertirse España, si, como parece, la monigotería sigue en aumento.

Verdad es que los monigotes no suelen ser gente que cause grandes estragos, si se exceptúan los monigotes de la última clase, los monigotes católicos.

Estos, francamente, hacen más daño que el agua encima de los pepinos.

El Domínguez Giraldo.

El sueño de un obrero

En aquella reunión de amigos, donde nos juntábamos algunos compañeros, para descansar de las faenas del día y para cambiar impresiones sobre las cosas que á los obreros interesan, había de todo, aunque dominando el elemento exaltado, los defensores del socialismo, que á otros nos parecía absurdo, y por consiguiente combatíamos según lo permitían nuestras fuerzas.

Entre los concurrentes estaba Z. que cuando se trataba de otros asuntos era decididor y muy alegre, pero que enmudecía cuando se trataba de la cuestión obrera, confesando que veía sin duda necesidad de reformas económicas, pero que sólo se le ocurría que éstas no podían venir con el socialismo. A nuestras repetidas súplicas para que razonara sus afirmaciones, siempre decía que le repugnaban las discusiones sobre asuntos que no se han estudiado convenientemente, y que á su parecer ninguno de nosotros, empezando por él, había hecho sobre la cuestión social los estudios necesarios para que pudiera desenvolverse una polémica seria, con esperanza de que alguien llegara á confesar sus errores.

—Vosotros—decía—todas las

noches discutís, unos defendiendo y otros atacando el socialismo, y siempre estáis lo mismo. Yo me contento con afirmar que en mi opinión las doctrinas socialistas, son absurdas, pero no quiero discutir las, pues carezco de conocimientos para conseguir otra cosa que charlar y perder el tiempo.

Y de ahí nadie lo sacaba. Pero al fin una vez le dijimos:—Amigo Z., nuestro repertorio se ha concluido y es preciso que tú nos digas algo. No discutiremos; nos contentamos con oír lo que tú nos cuentes respecto á las razones que tienes para decir que el socialismo es un disparate. Y tanto insistimos que nuestro amigo acabó por hablar de este modo:

—Ya que tanto os empeñáis, procuraré daros gusto contándoos un sueño que tuve hace poco tiempo, después de haber escuchado aquí la apología de las ideas socialistas expuestas por los que entre vosotros las defendían.

Era el mes de Agosto. Durante el día el calor fué excesivo y me tocara trabajar en la cubrición de una casa; conque ya podéis suponer cómo tendría la cabeza cuando, después de pasar con vosotros un buen rato, me retiré á reponer en casa las fuerzas perdidas durante la penosa jornada.

Llegué medio atolondrado. Mis hijos salieron á recibirme como siempre muy alegres, y con ellos estuve entretenido hasta que mi mujer vino á decirnos:

—Vaya, á cenar, qué tú (dirigiéndose á mí) lo debes necesitar bastante.

Cenamos tranquilamente, aunque yo con poco á petito, cosa que preocupó á mi mujer y á los niños, pero procuré convencerlos de que estaba bueno. Concluida la cena y habiendo dado gracias á Dios, nos fuimos á acostar, sin haber rezado siquiera el Rosario, que nunca faltaba, pues mi mujer se plantó, diciendo que yo necesitaba descanso, lo cual era la pena verdad. Y á la cama nos fuimos todos. Al poco tiempo no se escuchaba en la casa más que el respirar tranquilo de los niños, que dormían como justos, y las *peroratas* del de pecho, á quien su madre procuraba acallar con el *ea, ea, ea*, que al fin acabó por dormirme á mí, antes que al pequeño.

Poco después parecióme ver cosas muy raras; que todo estaba cambiado. Hallábame yo en una casa desconocida, y, al atravesar la puerta, de vuelta del trabajo, no venían mis hijos á besarme y abrazarme como otras veces, preguntándome, cuando me veían triste, si había tenido algún disgusto en la obra.

Aquello era lo más raro y estrambótico que me podía imaginar. El más pequeño de mis hijos estaba en la lactancia y ya no lo cuidaba mi mujer; otros dos estaban en el colegio, sin trato ninguno conmigo, y el mayor, habiendo sido examinado, como sabía lo

bastante y ya tenía el tiempo conveniente, había pasado á ser un miembro de la sociedad, libre é independiente, como yo. El Estado se había encargado de todo, de lactar á los peques, de educar á los mayores, de convertir en ciudadanos del todo autónomos á los que ya consideraba útiles para el trabajo. Yo, el padre, no era nada. Mi hogar había quedado desierto, privándome de aquellos hijos queridos que endulzaban mis terribles horas de trabajo.

Ya no formábamos ellos y yo un solo corazón, cada cual estaba aislado del otro, y se habían decretado inútiles las notas del sentimiento que radican en el alma...

En cuanto á mi mujer, allí seguía, á mi lado; pero ya no era la madre cariñosa de mis hijos, sino huraña, displicente, que no hacía nada por darme gusto, cuando antes sólo para eso vivía, convirtiendo mi hogar en un paraíso. Llaméle la atención sobre ese cambio, y ella muy furiosa me dijo:

—Bueno, pues me voy á buscar otro marido, que para eso ya no existe aquí el matrimonio cristiano é indisoluble. Contigo ya viví bastante tiempo.

—Pero, mujer, nuestros hijos...

—Nuestros hijos no son nuestros sino de la humanidad que cuidará de ellos. Conque búscate otra mujer si quieres...

Y se marchó dejándome solo en aquella casa que estaba tan triste, tan sola, donde yo me consumía, cansado de trabajar, sin ánimo para ello, pues que carecía del aliciente de hacer el bien á mis hijos... Comprendí todo lo odioso de la conducta de mi mujer, mas yo la seguía queriendo, porque era la madre de mis hijos emancipados ya, pero á quienes amaba como en el antiguo régimen cristiano: seguía queriéndola, porque en tiempos más benéficos, antes de la implantación del socialismo, ella había endulzado mis dolores, siendo el ángel de nuestro hogar; la seguía queriendo porque era mi mujer...

Así es que, preva de la mayor desesperación, corrí tras de ella á grandes voces, gritando:

—¡Irene! ¡Irene!

—¿Qué te pasa, hombre?—Me contestó mi mujer, sacudiéndome para que despertara.

Lo consiguió: y ya podéis figuraros la sorpresa que yo recibiría al verme en la *antigua casa*, rodeado de mi mujer y de mis hijos, que acudieron presurosos á preguntarme si estaba mejor.

—Chica, dije á mi mujer, no sabes el sueto que llevé.

—Creíste que no podías despertar... dijo ella entre grandes risas.

—¿Pero tanto he dormido?

—Pues figúrate; son las ocho: unas once horas.

—Y ¿cómo no me llamaste, mujer, no sabes que debí presentarme

en la obra hace horas?

—Hoy no hay obra.

—¿Y es?

—Pues porque á mi se me antoja; ya mandé recado al maestro, quien contestó que te cuidases que no contaba contigo en todo el día.

—¡Si ya estoy bien!; ¿qué voy á hacer todo el día parado?

—Pues contarnos lo que soñaste, y que te obligo á dar esas voces, tonto.

Y así fué: quedéme aquel día de charla con mi mujer y con mis hijos á quienes conté lo que acabáis de oír. ¿Qué os parece? ¿Puedo yo ser socialista?

La impresión que lo dicho por el compañero ese nos produjo fué enorme, y más de uno entre los presentes desde aquella noche se vino con nosotros, con los enemigos del socialismo.

Oviedo Enero de 1904.

M. Naves.

Una vez...

Era un pez, pero les digo á ustedes, que un pez gordo, no por su posición social, sino por sus antecedentes religiosos.

La escena pasó hace poco en una ciudad que bien pudiera ser Oviedo, aunque yo no lo aseguro.

El obrero ese, pues obrero era el protagonista de mi verídica historia, cayó gravemente enfermo. Una piadosísima familia que acudió donde el primer momento en auxilio de la del enfermo y al de éste, indicóle que debía prepararse para morir como cristiano y no como un perro cualquiera.

El paciente acabó por comprender que la religión de quienes le favorecían con tanto cariño tenía que ser la verdadera, y determinó recibir el Santo Vático muy solemnemente.

Supo todas estas cosas un *leader* socialista que bien pudo haber sido... el que ustedes quieran, y en compañía de otro que tal se plantó en casa del enfermo á decirle que no debía prepararse para morir como cristiano, sino que estaba en el caso de morir decentemente como un perro. Y el tal socialista tiró desde luego de sus más decisivos argumentos, afirmando que los curas eran esto y lo otro y lo de más allá y más acá, y que prueba de ello es lo que habían hecho con él en la Audiencia (de no sé donde), en el cual hecho los curas por cierto no habían mojado para nada.

El paciente no pudo contestar de una manera decisiva á tales sermones; pero su mujer no estaba enferma afortunadamente, así es que agarró la escoba y levantando el palo echó de allí á los socialistas diciéndoles:

—Andad, bribones, que sólo se os ve para esto, cuando esos á quienes tanto insultáis los vemos por nuestras casas á prestarnos auxilios de toda especie en nuestras necesidades....

Y los socialistas se marcharon... *barrridos*.

Histórico. Pasó hace pocos días....

De La Felguera

Hay que confesar, señores, que en España tenemos muy mala sombra.

Nos persigue fieramente el hado.

Cualquiera diría que después de haber pregonado tanto las excelencias y hermo-

Las cualidades de la niña, después de haberla paseado al son de bélicos discursos de uno al otro confín; después de haberla exhibido en plazas y teatros aderezada con las más vistosas preseas de la fantasía republicana, no habíamos ya de estar casados antes de cerrarse las velaciones, y saborear el turrón de Navidad como primicias de nuestra felicidad conyugal.

Decepciones amargas de la vida, recios golpes del hado inexorable.

Pues lo que hemos dicho de España cuadra perfectamente a este valle de lágrimas, digo, de Langreo. Quien más quien menos, habíamos concebido muy halagüeñas ilusiones.

Posada y yo, por ejemplo, y con nosotros coincidía toda una falange de compañeros, feñados por indefectible la esperanza de que para las Navidades habríamos sacudido el ominoso yugo de la tiranía burguesa, entrado a saco por el maldito campo de la propiedad y de la autoridad, y alzándonos con el sabroso turrón del reparto universal y de una libertad omnimoda y sin trabas.

Voluntad e intenciones no nos faltaban. Armas tampoco. Centro nuevo; juntas particulares, generales y universales; convocatorias redactadas con arreglo a las novísimas modificaciones de la Academia; acatras; hojas volantes, *protestas de infantería* y en fin aquellos formidables mitines que enardecían los ánimos de los compañeros y ponían pavor en el espíritu cobarde de nuestros enemigos.

Hay que reconocer que el plan estaba admirablemente concebido y preparado.

Detrás de todo esto, la huelga, a cuyo sólo recuerdo se estremecían de espanto nuestros explotadores: la huelga, monstruo tremebundo, invención gloriosa del proletariado, formidable ariete que desmoronó los baluartes de la burguesía...

Oh huelga, saludado con toda la efusión de mis entretelas.

¿Quién de los contrarios tan corajudo, que no tiemble? ¿Quién de los nuestros tan pusilánime que no espere?

Pasaron las Navidades, y no hemos podido gustar el turrón de la república. Maldita sea nuestra suerte.

El desorden, el pánico y el desconcierto se introdujeron en nuestras filas. Presenciamos un cuadro desgarrador, de desolación y ruinas. Hubo muertos y heridos; muchos heridos... Yo salí de la lucha con horribles contusiones, que aún me escuecen.

Bendita huelga que tan hermosa lección me has propinado, tú eres la panacea de los males sociales; tú reduces al descarrilado; tú disipas sombras, y desvaneces ilusiones; tú curas imaginaciones exaltadas; tú, en fin, con impetu feroz traslada de un campo a otro campo, dándonos hábitos que nunca sentimos.

Era anarquista y soy demócrata cristiano.

Ahora, que no puedo negar que aún me quedan ciertos resabios de sabor republicano, porque naturalmente vegeto por Langreo, y los de Langreo, punto más, punto menos, todos calzamos de número *rejo*.

Además todos hemos tenido ocasión de escuchar despaupanantes discursos de conspicuos repúblicos, y, claro está, siempre se pega algo. Por ejemplo, la afición a viajar por *regiones intertropicales*, pues esta afición la he adquirido después del último discurso del Sr. Albotnoz, o lo que sea.

Porque este señor viaja mucho, mucho, por las serenas regiones del aire incandescente.

Con lo cual queda dicho que viaja también por los espacios imaginarios, y que es tan largo en prometer cuanto es redondo en afirmar, lo cual, digámoslo en honor de la verdad, no es achaque exclusivamente suyo, sino de todos sus correligionarios.

Individuo conozco yo que en ocasión memorable y no muy lejana, en que se desbordaba el entusiasmo republicano, por pechos, bocas, ventanas y balcones,

opinaba muy seriamente que en quince días, a más tardar, se arreglaría definitivamente lo del maldito de la niña con la nación española; y estaba dispuesto a dar una oreja en garantía.

Yo, a qué ocultarlo, alguna ilusión sí arrigaba, porque eso de la anarquía, claro es, me parecía un poco difícilillo, pero al menos la republiquita con todo su cortejo de bienandanzas y venturas, vamos, que lo veía un poquito más fácil y muy a propósito para hacer paladar.

Decepción doblemente amarga! Pasaron las Navidades tan frías, estériles y reaccionarias como siempre. Vinieron los reyes y para colmo de desdichas reancharon el clavo; y yo, que me había propuesto para hacer paladar, me quedé con la boca abierta.

Es verdad que anuncia la venida a Asturias de Salmerón y consortes. Aunque para cuando tal cosa suceda, ya estaré yo provisto de un pararrayos...

Un seleccionado.

Los terribles

Verdaderamente que no sabe uno dónde la tiene.

A lo mejor sale por esas calles de Dios tranquilo y descuidado el zurriaguista más inofensivo de todos los zurriaguistas, y de súbito se encuentra, al revolver de la esquina, a un terrible *enfant* republicano que garrote al aire o puñal en mano le amenaza de muerte.

Esto, por la misericordia de Dios, no ha sucedido todavía; pero sucederá, ¡yaya si sucederá!

Buenos son Juanín Llana y Giles *el ten*, para no cumplir lo que prometen!

Y que han prometido hacer una que sea sonada con los que ellos creen que son zurriaguistas, no les quepa a ustedes la menor duda...

¡Ay! La carne se me pone de gallina sólo al recordar la actitud amenazadora, el mirar terrible de Juanín cuando hablando del Canonigo tal y del Cura de cual decía en pleno Cimadevilla, airado y nervioso: *a esos los voy a arreglar yo...*

Y, efectivamente, han pasado los meses, y hasta la fecha no hubo que lamentar desgracias personales causadas por el *inocente* inofensivo y chistoso Llana.

Pero ahora está detandami amigo Giles, y éste... éste es como el otro, hombre de mucho pico, pero nada más.

Vase nuestro héroe al café Español, echa allí cuatro bravatas en alta voz, para que todos le oigan, y no pasa de allí. Créanme ustedes no pasa de ahí.

¡Si yo supiera, decía él hace días en el café; si yo supiera que en Pravia, había mitin republicano iba yo allá!...

¡Ya lo creo que vendrías, Giles, ya lo creo!

Porque tú vas de buena gana a donde quiera que hay jerga y llamanla andorga.

Y es natural que al saber lo rumbosos que resultaron los republicanos de Pravia, y el gran banquete que dieron y los ricos habanos que se fumaron, es natural.

repito, que a cualquier Giles se le cayese la baba y dijese: «si yo supiera eso, yo iría...»

Por lo demás, no siendo a comer ¿a qué habías de venir, hombre, a qué habías de venir?

¿Hablarias mejor que aquellos elocuentes oradores, serías más desvergonzado que ellos?

Ni lo uno ni lo otro.

Ni en elocuencia ni en desvergüenza les podrías superar.

Sólo en gastronomía pudieras darles quince y raya, porque los oradores del *poltrero* eran casi todos *damenquitos*, sin las untanzas y tripa gorda que Dios te dió. Y aunque aquellos demostraron tener buen apetito, como buenos republicanos, *quorum Deus venter est* nunca podían igualar a ti...

Pero, no. Cuando Giles hablaba de sus deseos de venir a Pravia, no era precisamente por llenar la panza, era por arremeter contra EL ZURRIAGO con el cual está quemadísimo, aunque, por supuesto, sin motivo ni fundamento.

Verán ustedes.

Cuando la pasada campaña republicana de propaganda electoral sentó plaza de orador callejero el Notario de La Caridad y fué y vino y se movió lo indecible por la parte occidental de nuestra provincia y hasta pareciéndole poco campo aquél, vino a Oviedo y fué a Sama, y a no sé cuántos puntos más, ansioso de fama y renombre; pero el pobre no lograba distinguirse.

Apenas si le nombraban los cronistas de los mitines republicanos, los cuales por no decirle que lo había hecho mal buscaban el medio más suave de disimular pasando por alto su nombre, o citándolo sólo por incidencia.

Hacían en esto lo que un antiguo y famoso bedel de la Universidad de Oviedo que cuando tenía que dar a un estudiante la fatal noticia de que había salido suspenso, le doraba la pildora con toda la finura posible diciéndole: *lo he hecho usted muy bien, pero no gustó a los señores...*

También Giles lo hacía muy bien en sus discursos, pero no gustaba, y por eso nadie hablaba de él.

Esto, como es consiguiente, le sacaba de quicio.

Y siempre que salía la conversación de EL ZURRIAGO se dolía de que no hablase algo de él.

¿Cómo no dirá nada de mí?

¡Es extraño que no me dé a mí algún zurriagazo!

¡Milagro que no habla algo de Giles!

Y por este estilo se deshacía el hombre en *amorosas* quejas contra EL ZURRIAGO que no le elevaba a la categoría de los hombres célebres, haciéndole objeto de sus vapuleos.

Y claro que fué de gaitete; tuvo EL ZURRIAGO que decir algo de Giles; resultando lo que ya había vaticinado el famoso Capitán General de Cuba cuando dijo:

Este gallo cantará a alguno le pesará.

A Giles le pesó pronto de verse figurar entre los hombres célebres; en seguida vió y sintió que escocían los zurriagazos, y se puso como un basilisco de irritado.

Y se fué al Español a desfogar sus enconos y a decir tonterías.

Y lo que más le incomoda es que le llamen *feo* cuando él presume de ser un guapo *rapaz*. Y lo es de veras; *pero no gusta a los señores*, cuando habla; y éste es el lado *feo* del Sr. Giles.

Por lo demás no dudó ustedes de que el exnotario de La Caridad es un *guapo* que hay que verlo, cuando se pone serio y habla de lo que va a hacer y acontecer con los que se permiten el lujo de tomarse el pelo, o al menos cree él que se lo quieren tomar.

Pues EL ZURRIAGO jamás pensó en semejante cosa; sólo se propuso darle por el gusto.

Lo que hay es que a los republicanos nunca se les da por el gusto; si usted no habla de ellos, creen que se les desprecia; y si habla, que se les ofende.

Así es que nadie con más motivo que ellos puede decir:

Lo que me dan no lo quiero
Lo que quiero no me dan.

Y lo que quiere Giles y no se lo dan es notoriedad barata: de esa que cuesta poco y *luce* mucho.

Pero ahora que EL ZURRIAGO le conoce el flaco, ya procurará complacerle dándole lo que le gusta: *bombo*, y llamándole lo que es: *guapo*.

LLANES

A Pelayo Mata le sacó de quicio lo que de él dijo EL ZURRIAGO.

Y tan fuera de sí le puso, que ciego de ira no discurre; bufa y patalea como un energúmeno sin saber contra quién dar.

Y empieza por suponer que hay en mí contradicción porque dije de Pelayo que no tenía el *honor* de conocerle.

No, maestro, no hay contradicción en mis palabras.

Serénate y recuerda que EL ZURRIAGO *maldó* a Llanes un emisario a saber quién era Pelayo, y el emisario le dijo que nada había podido averiguar; porque en Llanes todos eran muy ladinos, y nadie soltaba prenda cuando no se trataba de chismes de vecindad.

Y por eso no fué posible adquirir la *vera* efigie de Pelayo.

En cambio en materia de murmuraciones aprendió el subdelegado de autoridad más de lo que quiso.

Y entre ellas una porción de cosas de suyo a quien llamaban los murmurados: os maestro de Cúe, y algo, muy poco, de eso que oyó fué lo que publicó EL ZURRIAGO; pero siempre por referencia.

